

DE BUENAS LETRAS

María Zambrano, un necesario recordatorio

MIGUEL ARNAS CORONADO
DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

No se cumple centenario alguno de su nacimiento ni de su muerte. No hay obligación social, por estas majaderías de los aniversarios, de recordarla, pero debemos hacerlo para que no sea olvidada. Quizá sea la mayor pensadora de la historia de España junto a otras grandes como Teresa de Cepeda. Muchos aseguran que no fue filósofa sino pensadora, que lo suyo es el ensayo. Es cierto que no creó sistema filosófico alguno, pero si se considera filósofo a Ortega, con mucha más razón habría que calificarla de tal a María.

El pasado día 8 de marzo, Día de la Mujer, el director de la edición de las 'Obras Completas' de la autora, Jesús Moreno Sanz, conferenció en el Centro Artístico de Granada sobre ella en una charla titulada: '¿Adónde te escondiste?: mística, gnosis y exilio en María Zambrano'.

¿Mística? Siempre le obsesionó el tema. Ella era creyente y se interesó, no solo por el misticismo cristiano sino también por el sufismo o mística islámica. Declaró de Louis Massignon, islamista francés y católico con-

vencido, que: «él ha sido el único maestro que desde hace larguísimo años he tenido». Reivindicó también las figuras y obras de Miguel de Molinos e Ibn Arabí.

¿Gnosis? Interesada por el taoísmo, estudió a Laotse y a Zhuangzi. Al mismo tiempo, se interesó por los Coloquios de Royaumont, lo que la animó a estudiar los sueños como forma de conocimiento y contradecir, en cierta forma, a Freud.

¿Exilio? La marcó indeleblemente como a tantos españoles que en el 39 tuvieron que salir del país. Reflexionó sobre el tema y lo entrañó, palabra que ella utilizaba para decir que lo interiorizó. Su personaje del Bienaventurado, al que también llama Exiliado o Idiota, es el que renace en otro sitio ajeno, el sempiternamente ajeno vaya donde vaya o esté donde esté. El Exiliado es el invitado, el huésped, incluso puede concedérsele el título de residente, pero no se le 'naturaliza'.

María Zambrano mantuvo discusión escrita con Nietzsche, con su maestro Ortega, con Heidegger, con Husserl. De su época, solo Zubiri estuvo a su altura -pero el donostia-

rra es mucho más abstracto- porque a Ortega llegó a superarlo. Conocida es la anécdota donde él le recriminó estar de vuelta mientras ellos aún estaban en el camino. Y se refería, claro, a sus reflexiones en torno al misticismo, tema que a don José siempre le dio un tantico de repelús.

De todo eso y de más se habló en esa conferencia. Jesús Moreno Sanz, en una extensa charla, nos trajo a la luz la existencia y el pensamiento de la malagueña. Pues además la adornó con anécdotas de su vida, que las hubo y muchas por cuanto fue una experiencia amplia y tan placentera como dolorosa. Anécdotas que denotaban un carácter fuerte y decidido, y también, cómo no decirlo, un sentido del humor excelso.

Aunque lo mejor siempre viene luego porque con algunos amigos nos fuimos a tomar algo tras la conferencia y allí nos bombardeó con más hablillas y más profundizaciones en el pensamiento de una mujer que fue importantísima y que, si no olvidada, sería exagerar, sí es cierto que muchos la conocen solo por el nombre de alguna plaza o calle, por como denominan a algún instituto de enseñanza o por el título puesto a una estación de tren. Ciertamente leerla es a veces dificultoso, pero quien no se moja no coge peces, y sumergirse en su pensamiento, rico y frondoso, es una aventura personal merecedora del esfuerzo.

Por suerte, la magnífica edición de las 'Obras Completas' nos permite al fin acceder a unas versiones depuradas de los 23 libros que publicó aquella, de entre los que me atrevería a recomendar, aunque sólo sea para meter el pie en piscina tan grata y enriquecedora, la lectura de tres de ellos: 'Filosofía y poesía', 'Persona y democracia', y 'El hombre y lo divino'.